

ALMA DIEGO



Esa comedia de humor negro que no esperas

Viaje con mamá

Esa comedia de humor negro que no esperas

Alma Diego

Viaje con mamá. 1ª edición 2024

©Alma Diego

©Alma María De Diego Jiménez

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada gracias a imagen Vectorpocket de Freepik

A mamá.
A mis hermanos, «Los chaches».

Agradecimientos

Me dijeron que no sabría hacerte reir, que lo mío era el terror, no la comedia.

¿En serio?

Sujétame el cubata...

Primer acto

—¿Qué tal? —susurra a la clienta.

Ella sonríe sin respuesta o como tal, pero sin palabras.

Beti se levanta de su asiento situado tras el mostrador del centro wellness como si su trabajo consistiera en desactivar explosivos. Da dos pasos hasta la impresora y recoge la factura del tratamiento.

—Nuestro tratamiento «Oro en la piel y en el alma» son 203,48 euros. ¿Lo abona en efectivo o con tarjeta? —continúa en el tono susurrante.

—¿Aceptáis Bizum?

Beti mueve la cabeza de un lado al otro y mantiene su sonrisa condescendiente.

«*Cutre...*» piensa.

—Entonces con tarjeta.

Le acerca el datáfono y clava sus gafas de vista cansada sobre los gestos de la mujer.

—No, no... al revés. —Apunta.

La corrección le molesta y se lo hace saber con una mirada altiva mientras gira el documento.

El pitido de aceptación resuena en el local como si fuera el quejido de alguna rata que se se excita al escapar del peligro.

—Ahora sí. ¿Va a querer ticket?

—Por supuesto.

Lo arranca y se lo entrega.

—Bueno, pues esperamos verla de nuevo por aquí.

Otra vez la sonrisa sin palabras. Coloca la tarjeta en el monedero, lo cierra, lo resguarda en el bolso —un Zadig Voltaire que cuesta algo más que el tratamiento «Oro en la piel y en el alma»— le da la espalda y sale con aires, o tal vez corrientes.

Aguanta en silencio unos sesenta segundos que cronometra en su mente y grita.

—¡Nereaaaaa! ¡Te dije que la sacaras a menos diez!

Se escucha la puerta corredera de la cabina y los tímidos pasos de la esteticista en prácticas.

—El tratamiento dura hora y media...

—Me la sopla.

—Pero ¿y si pone una queja?

—Si pone una queja, antes tiene que pasar por mí, y como comprenderás, no iba a prosperar...

—Ah...

Pega su frente a la suya.

—En ese supuesto. Porque ahora, como has pasado de mi culo y por tu culpa salgo tarde, a lo mejor si hay queja.

—¿Pero se ha quejado? ¡Me he ceñido al protocolo! ¡Llevo todo el día estudiándomelo!

La mira con desprecio.

—Cierras tú. Me largo.

Agarra la bolsa de viaje que había ocultado durante toda la jornada y alcanza el brazo de la puerta acristalada mientras se suelta la coleta y expande su melena castaña y brillante.

—¡Buen finde! —escucha en la voz asustada de la principiante.

Sin girarse le hace el mudra de la peineta, «*Namasté*» piensa.

Da unos cuantos pasos y se detiene en la señal de carga y descarga de la cafetería, es allí donde ha quedado con sus hermanos. Otea de puntillas. Ya deberían llevar unos quince minutos esperándola, pero como de costumbre, llegan tarde.

Se enciende un cigarro. Dos caladas y pitán. Ahí llegan.

Emi va al volante, «*de ahí el retraso*». En el asiento del copiloto, José Manuel mueve la cabeza al ritmo de la música y saca la mano por la ventanilla. Atrás va mamá. Se ríe mucho, «*con ellos siempre se ríe*».

Tira el resto del cigarro y da la vuelta hasta el maletero. Mete la bolsa e intenta abrir la puerta del copiloto. José Manuel le señala con el pulgar el asiento de atrás, al lado de mamá.

—¿Qué? ¡Ni de coña! ¡Yo vivo con ella, al menos dejarme que viaje tranquila!

José Manuel niega con la cabeza. Beti golpea el cristal.

—¡Cabrón!

Sube a la parte de atrás. Mira a mamá que la sonríe con los ojos humedecidos por la diversión que traían en el coche.

—Hija, qué amargada vives.

Se muerde la lengua.

—Es verdad, Beti, no puedes ser así... —comenta Emi.

—¡Tú cállate y conduce!

José Manuel se gira para reprenderla, pero mamá posa la mano en la rodilla de su hija.

—Venga, cariño. ¿Esta es la sorpresa que queríais darme? ¿Las discusiones de siempre?

Toma aire.

—Lo siento, es verdad. Perdonar. He tenido un día de mierda. Dejarme un rato en silencio y se me pasa.

La disculpa les basta. Se ponen en marcha.

—Según esto, en cinco horitas vuelves a ver el mar, mamá. —Anuncia victorioso Emi.

—Hijos míos, pero qué regalo tan bonito ¿y cómo se os ha ocurrido?

—Capullo, ten en cuenta que el navegador hace sus cálculos para gente normal, ¿no trae pestañita con nuestro apellido? Porque habría que desplegarla.

—Eres un mamón.

Como ignoran a la anciana, la voz sin alma de Beti, sumergida en su teléfono móvil, contesta la pregunta de mamá que quedó en el aire.

—Se le ocurrió a Emi, mamá, piensa que los ochenta y uno no los cumplen... si se levantara contigo cada mañana como hago yo, temería por su propia vida más que por la tuya.

La anciana se ríe.

—Y a ti, ¿cómo te va con Sebas? —pregunta Emi a José Manuel ya en la autopista.

—Como siempre, en el Orgullo se los puse.

—¿Que le pusiste qué?

—¿Qué va a ser, coño? —gira la casi totalidad de su cuerpo hacia su hermano.

—¿Le has puesto los cuernos a Sebas?

José Manuel observa a su hermano mayor que tiene los ojos y la boca abiertos, las cejas encorvadas, con esa expresión de pringao que conservó durante toda su infancia y que ya en la juventud, repitió cuando le confesó su homosexualidad.

Niega con la cabeza desesperado y regresa a la postura adecuada para su asiento. Fija la mirada en la carretera.

—Pero, tío, si es un tipo genial, ¿por qué lo haces?

—Si lo supiera, dejaría de hacerlo. Yo le quiero. Creo...

—Tío, no es justo para él. Si no lo tienes claro, deberías romper ¿no crees?

—¿Qué dices! Si quiere que nos casemos. Le vengo ahora con el rollo de romper y se suicida.

—Se re-suicida quieres decir.

—Eso.

Los hermanos se miran y rompen en risas.

—Joder, tío, es que no me lo quito de la cabeza, el domingo ese —risas— que me dice Conchi, «Emi, ven, ¿ese no es el portal de tu hermano?», me pongo las chofas, me pego a la pantalla y veo como sales tú recibiendo a la poli —más risas— bueno, tus patitas peludas porque te habían pixelado de cintura para arriba —ja, ja, ja, ja...— «Hemos tenido una discusión un poco fuerte y bueno, mi pareja ha dicho que se tiraba y... pues se ha tirado... lo que pasa que se ha quedado enganchado en las cuerdas del segundo, creo...» ¡Me muero, tío! ¡Qué risa!

—Ya, sí, claro, yo no me divertí tanto. Abro la puerta y me encuentro a dos polis y unos cuantos bomberos, ahí apelonados y de repente, me dejan ciego con un foco, ¡La puta tele grabándolo todo!, ¡menuda mierda!

—Ay, tío... ja, ja, ja... Te lo he preguntado unas cuantas veces, pero es que me meo cuando lo cuentas, cuenta cuando lo sacaron... ja, ja, ja...

El tono de José Manuel es resignado pero se le escapa la risilla, no deja de reconocer que es digno de coña, el capítulo.

—Pues nada, entra la poli, me preguntan si doy permiso para que la televisión grabe, que son del programa «Reporteros», me lo pienso un segundo y les digo que se lo tengo que preguntar a mi pareja, que al fin y al cabo, él es el protagonista, yo que sé... Me dicen que adelante, que les parece lógico y entonces me meto para la cocina y me siguen, primero la poli con los bomberos y detrás el tío con la cámara y el periodista. Me asomo a la ventana y le grito «¡Cariiii! ¡Ya están aquí la poli y los bomberos!». Él que está de espaldas a nosotros, todo largo sobre las cuerdas del tendedero del segundo, con una rodilla colgando y sujetándose con el tobillo y los puños de las manos rojos de la tensión, la cabeza contemplando la caída, me hace el gesto del OK con el pulgar, y entonces le grito «¡También ha venido la tele! ¡Me preguntan si te pueden grabar!». Deshace el gesto del pulgar, regresa a la cuerda, se agarra de nuevo y mientras gira despacio el cuello, vuelve media cara, nos mira y pregunta con voz temblorosa, «¿Quéééééé?». Yo entonces repito: «¡Que ha venido la tele, amor! ¡Que si pueden grabarte!» Pero entonces, el tobillo con el que sujetaba la rodilla que ya se había colado por entre las cuerdas, se suelta y Sebas se queda sujeto de las manos y mirándonos acojonado. Hay gritos por todas partes, de vecinas asomadas, de la poli, de los bomberos, gritos míos. «¡Hay que intervenir!» grita el bombero que estaba al mando y yo veo que el cabrón de la cámara se la pone al hombro, pero ya no soy capaz de hacer nada, uno de los polis me quita del medio y golpea mi espalda contra la pared mientras me grita «¡Tranquilízate! ¡Tranquilízate!» y yo le digo «¡Sí, señor!» y en cuestión de segundos veo la camilla con Sebas, la cámara enchufando su cara y el periodista haciéndole preguntas. Le bajan por las escaleras sin que yo aún pueda alcanzarle y cuando ya le van a meter en la ambulancia, se le oye «¡José Manueeeeeééé!», ahí, con su acento de Cai, se paran y llego hasta él, le cojo la mano, le sonrío nervioso y me dice «¡Por fin voy a salir en la tele, xoxo!».

—Ja, ja, ja, ja... —Emi se restriega las lágrimas de la risa— No me canso de oírlo, tío...

—Ya... es que es de coña... —José Manuel ríe también.

—Mamá se ha dormido. —Apunta Beti desde atrás, seria, ajena a la conversación de sus hermanos.

—¿Que qué? —pregunta José Manuel y le hace un gesto con la mano a Emi para que baje el

volumen de la risa.

Un profundo rugido de oso aclara lo que en un principio no se entendió: mamá duerme.

A las dos horas de camino, se desvían hacia una estación de servicio. Beti despierta a mamá.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Nada, mamá. Paramos para estirar las piernas y tomar algo.

—¿Y me tienes que empujar de esa manera?

—Pero si solo te he tocado con...

—Joer, Beti, ten más cuidado, que ya sabes cómo está mamá... —reprocha Emi.

—Ay... ¡con lo que yo era! ¡Cómo me he venido abajo!

—Mamá, tienes ochenta y un años, ¿qué pretendes, tener las articulaciones que no tenías a los treinta?

—¿Qué quieres decir, idiota? —replica a su hija—¿Qué crees que yo he sido vieja toda mi vida? ¿A ver quién crees que fue tu madre buenorra? Porque yo estaba buenorra, que se lo pregunten a todos los de los comercios del barrio...

—Y a los de los bares, mamá —apunta Emi.

—¡Eso! ¡Y a los de los bares! Que todos querían llevarme al huerto, pero yo estaba muy enamorada de tu padre... Las articulaciones de los treinta, ¿qué sabrás tú? ... No se creían que la niña que llevaba de la mano, tan gordita y sosa, fuera mi hija...

—¡¡Y rancia, mamá!! ¡¡Que la niña esta siempre fue muy rancia!! —añade entre risas José Manuel, repitiendo el cantar que su madre llevaba entonando toda una vida con su hermana mayor.

—¡Eso! ¡Rancia!

Beti abre la puerta y sale del coche.

—¡Que os jodan!

—¿Pero dónde vas que es broma? ¡Niñata! ¡Hay que tener más correa! —grita José Manuel ya apoyado en el capó y encendiéndose un pití.

Cuando regresa su atención al vehículo ve algo reptando por la puerta que su hermana ha dejado abierta, cae un bolso al suelo, luego la mano de su madre con sus anillacos brillantes, la otra mano le sigue y antes de esperar el cuerpo, tira el cigarro y la recoge.

—¿Pero qué coño haces, mamá? ¿Por qué no has salido por tu puerta?

—¿Qué puerta? Yo salgo por donde me ha dicho tu hermana.

—Ella no te ha dicho nada, mamá, no seas lianta.

—¡Lianta! ¡Lianta! Al final me enfado y os mando a la mierda a todos.

Tira con cuidado de los brazos y espera a que la anciana coloque los pies en el suelo, después de retorcerse.

Emi va unos pasos detrás hablando por el móvil. Solo se le oye acatar indicaciones y decir «Te quiero», habla con su mujer, está claro.

Cuando abren la puerta, ven a Beti sentada en dos mesas, ya ha pedido su merienda completa que tiene delante y está cotilleando el móvil. Les hace una seña por si no la han visto.

Mientras llegan le da tiempo a sorber el café y dar dos mordiscos una tostada.

—¿Qué haces? ¿Desayunas? —se ríe la anciana buscando la complicidad de su lazarillo.

—Se desayuna por la mañana, mamá. Estoy merendando.

—¿Los yoguis merendáis? —vuelve a mirar a su hijo y esta vez sí consigue que se ría.

—Sí... Sí, sí, sí... y también mandamos a la mierda...

Estallan en carcajadas la anciana y el hijo.

—¿Ves cómo me habla? Es increíble lo de esta niña.

—Mamá, tengo cuarenta y siete años.

—No, si años no te faltan, es verdad —ja, ja, ja...— Te falta otra cosa...

—Vale ya de meterme caña, ¿no? ¿No podemos pasar de turno? Mirar ahí viene Emi hablando con Conchi, diciendo que sí todo el rato, ¡venga, zumbarle a él, coño!

Mamá se gira con cara de desprecio, suelta el brazo de José Manuel, aparta hacia atrás una de las sillas y mete el trasero para hacer hueco y terminar encajada.

—¡Este hijo mío es gilipollas!

José Manuel da la vuelta a la mesa y se sienta al lado de Beti, la abraza.

—¡Hermana! Pues no ha currado ella buscando el hotelazo que te ha encontrado en Asturias, mamá, ¿cómo se llama el pueblo?

—Cudillero. Ese de las casitas de colores que tanto te gustó cuando fuimos de pequeños con papá.

—Eso... Cudillero, ¡cómo mola ese sitio!

La anciana pone cara de disgusto.

—¿Asturias? ¿Que me lleváis a Asturias? ¿A ver el mar? Lo veré desde el balcón, claro, porque a la playa ni por casualidad, con el tiempo que hace...

Beti pasa de contestar y moja la tostada en el café, la engulle.

—Oye, mamá, ya vale, joer... —la reprende el hijo.

Se revuelve en la silla.

—Pídeme un descafeinado de máquina con leche y una tostada. —Le ordena a Emi según cuelga el teléfono.

—¿Vas a desayunar? —pregunta irónica Beti.

Emi regresa a los quince minutos con el antojo de mamá, según se lo está colocando en la mesa, Beti da un golpe que hace subir el oleaje del descafeinado.

—¡Hija de puta!

—¡Eeeeh, niñata, esa boca! —reprende José Manuel.

—¡No me lo puedo creer! —exclama desesperada frotándose la cara sin apartar la vista de la pantalla del aparato.

—¿Pero qué pasa? —pregunta Emi.

—Madre mía...

Beti tiene los ojos llorosos, la piel encendida de rabia, se atusa el pelo nerviosa.

—La tía que ha estado hoy en el spa, la última que ha salido, justo antes deirme yo, ¡Ha colgado una reseña en Google... ¡Hija de puta!

—Pero mujer, si eso no lo lee nadie...

—¿Pero qué dices? Desde que entré a trabajar aquí la media de estrellas ha sido de 5, Reyansh le da muchísima importancia, me llama sammaan ka sanrakshak la guardiana de su honra...

Los hermanos se miran haciendo un puchero con la boca.

—¡Claro! ¡Qué divertido, ¿no?! Ahora supongo que vais a descojonaros un rato —los advierte.

—A ver... —consigue hablar José Manuel en un tono más o menos serio— lo de la reseña comprendo que te joda, pero reconocerás que lo del nombrecito ruso ese, se las trae...

—Es hindi, ignorante.

—A mí me sonaba a ruso... tendré que repasar mi hindi —se burla haciendo pinzas con los dedos.

—Sobre todo lo de la honra... —apunta mamá bajito.

—¿Qué has dicho, mamá? —la interpela Beti.

—No, que digo que es curioso lo de guardar su honra, a lo mejor por eso hace tanto que no quedas con un hombre... todo el día con los juguetitos esos, que un día te vas a hacer una herida...

—¡Pero que estás diciendo!

—Eso, mamá, ¿qué estás diciendo? —repite Emi girándose hacia la anciana sonriente, invitándola a explayarse.

—Pues tu hermana, que...

—¡Mamá! —intenta amenazarla desorbitando los ojos, pero mamá ni se inmuta, le divierte la posibilidad de hacer reír a sus hijos con el cotilleo.

—Vuestra hermana que se pasa las tardes y las noches dale que te pego con el estarfaller ese, que no veas como suena, «fuuuuuuuuu», «fuuuuuuuuuuu»...

Los hermanos se mueren de la risa.

—¡Mamá! ¡Basta!

—Pero, hija, si yo lo entiendo, tienes cuarenta y siete y hace tres que volviste con tu madre, tienes tus necesidades, pero yo solo digo que te vas a desollar ahí abajo.

—¡Basta! ¡Basta!

Después de dar otro golpetazo en la mesa, se cuelga su bolso y sale airada del local, el murmullo de las risas de los tres la acompañan hasta la puerta.

Cuando por fin salen, la encuentran hablando por el móvil, con el mismo nivel de desesperación, gesticulando enérgica.

—¿No pueden borrarla, entonces? —silencio— Sí, claro, los derechos, ya... ¿y los derechos de los que les pagamos a ustedes? Porque mi empresa les paga una mensualidad a ustedes —silencio— No, soy la recepcionista...

—«La guardiana de la honra» —susurra José Manuel, haciendo que vuelvan a estallar en risas.

Se suben al coche y esta vez, cuando Emi va a sentarse en el lugar del copiloto, Beti se lo impide sin dejar de mantener la conversación telefónica y se sienta ella. Emi ocupa el asiento trasero al lado de mamá.

Los tres tripulantes no pueden hablar entre ellos por la barrila que Beti sigue soltando a la operadora de Google.

Por fin cuelga. José Manuel intenta poner la radio, pero ella la desconecta.

—Necesito silencio, tengo que concentrarme... esta tía se va a enterar.

—¿Qué vas a hacer? Hermana, ándate con ojo, que hay cositas ilegales...

—¿Dónde está...? Un momento... —se comenta a sí misma mientras hace scroll por la pantalla— ¡Te tengo! Bien, vamos allá: «Estimada Señora, me pongo en contacto con usted a petición de mi representado, el señor Reyansh Prasad, propietario y Director del Centro Spa Placeres Escondidos S.A. sito en calle GiralDOS 45, 28076 de Madrid. Hemos leído la reseña que esta tarde ha colgado en Google, describiendo detalles calumniosos acerca del trato recibido en nuestras instalaciones, al respecto...

—A estas cositas me refería, hermana, ¿se puede saber cuándo te licenciaste tú en Derecho? ¿Te estás haciendo pasar por alguien que no eres en un lugar público como Google? Se te va a caer el pelito, querida...

—¡Venga ya! No soy tan gilipollas. No estoy en Google, le estoy redactando un email, lo

tengo archivado de cuando pidió la cita... La muy perra...

—Sigue siendo el mismo delito.

—Ya, pero es un delito que va a quedar entre nosotras.

—Salvo que a ella le dé por profundizar...

—Venga, hombre, ¿conoces a alguien que insista en algo después de recibir un toquecito del abogado llamando a querellas?

—No tengo ejemplos, pero podrías encontrarte con otra abogada. No sabes a qué se dedica la clienta en cuestión.

—¿Quién, la petarda esta?

José Manuel asiente.

—Esta es la típica muerta de hambre a la que le gusta aparentar y se auto-regala un tratamiento de mindundi en uno de los spas más caros de Madrid, una vez al año. Mañana borra la reseña después de no pegar ojo en toda la noche.

—¡Qué dulce eres! —ironiza— Luego qué haces, ¿dos horas de meditación para compensar?

—¡Bah! No tanto... veinte minutos de vibrador.

Sonríe por primera vez en un buen rato sin dejar de escribir en el móvil.

Ya a punto de entrar en Burgos, Emi se despierta, aparta su cabeza de la cabeza de mamá que le ofrecía soporte y se reubica en su lado del asiento. Al hacerlo, la mujer cae con todo su peso.

—¡Uy, mamá!

Mamá no reacciona, ahora tiene la cabeza sobre sus rodillas y vierte baba caliente en sus muslos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Chicos, algo le pasa a mamá!

El susto hace que José Manuel de un volantazo y se salen de la carretera. El vicio tan criticado de Emi de elegir las carreteras nacionales y comarcales, les salva de un accidente más grave. Terminan en una finca aleadaña a la calzada, parados, sin volcar, nada estrambótico. Apaga el motor.

—¿Estáis bien?

Beti está agachada, palpando la alfombrilla para encontrar su teléfono.

José Manuel busca por el retrovisor la panorámica de la zona de atrás, pero no ve nada.

—Mamá no respira...

Se escucha el apunte apenas audible de Emi.

—¿Qué?

—¡Mamá no respira, joder! ¡No respira! —consigue emitir un grito desesperado y sus hermanos se giran como pueden.

Emi continúa con su cinturón de seguridad abrochado, pero del de mamá no hay rastro, seguro que ni se lo había puesto, solía quejarse de que la ahogaba. Su tronco ha caído ladeado y descansa sobre su aterrorizado hijo.

José Manuel sale del coche, Beti, sin embargo, no consigue abrir su puerta. La golpea y decide arrastrarse hasta la puerta del conductor por donde finalmente lo consigue. Abren la puerta de Emi y José Manuel le desabrocha el cinturón, está en shok.

—¡Emi! ¡Emi! ¡Bájate!

Al no reaccionar, lo saca tirando de sus brazos y lo deja sentado en el suelo rústico. Mamá ha quedado bocabajo. La voltea. Sus ojos marrones clareados de cataratas, lo apuntan enormes y su boca hace una “U” bastante cómica, como si estuviera sorprendida de irse de este mundo como lo hubiera hecho su última ventosidad. Sus manos reptan por los hombros de la fallecida hasta meterse cada una por debajo de cada axila. Tira. Las piernas involuntarias se enganchan con cada

saliente y tiene que tirar de nuevo. Hasta en cuatro ocasiones hasta que consigue sacarla por completo.

Beti grita.

Emi sigue sentado en el suelo, con los ojos muy abiertos.

José Manuel endereza su postura, una postura de más de 1.80 cm.s de alto, coloca los brazos en jarra.

—Está muerta.

—¿Qué? —protesta Beti— ¿pero qué dices? —Se agacha a su lado y besa la frente. —¡Aún está caliente!

—¡Porque acaba de palmarla! ¿Eso que tiene que ver? —Coloca sus dedos en la carótida de mamá. —No hay pulso. Está tiesa.

—¡Noooooooooooo! —grita de nuevo Beti— ¡Noooo, mamá! ¿Pero qué te ha pasado? ¡Mamá, así noooo! ¡Mamaaaaá! —se echa encima.

José Manuel sigue de pie, se restriega una lágrima con rabia más que con tristeza. Los párpados comienzan a enrojecérsele.

Da la vuelta al coche para sacar por del lado del conductor, su teléfono móvil que se ha agarrado bien al soporte. Vuelve a la escena. Un brazo otra vez en jarra y la mano libre sosteniendo el aparato. La siguiente lágrima revienta contra la pantalla.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos al 112?

Al presionar sobre la tecla de urgencia, el móvil salta por los aires golpeado por la mano de Emi, que ahora está de rodillas a los pies de su hermano menor.

—¡Noooo! ¡No llames a nadie! Mamá tiene que ver el mar...

—¿Pero qué dices? Se te ha ido la olla. — Recoge el artilugio.

De rodillas, con los ojos bañados en lágrimas, los brazos abiertos, su melena de cuarentón moderno apenas recogida por una goma holgada en la nuca.

—Organizamos este viaje para que mamá viera el mar quien sabe si por última vez...

—Ya, Emi, tío... pero algo ha cambiado —dice mientras señala al cuerpo de su madre cubierto por Beti que continúa abrazándola y emitiendo gritos plañideros.

—Mamá, verá el mar. —Se reafirma Emi.

José Manuel mira a su hermano como quien presencia la copulación de algún insecto baboso.

—Tiene razón.— Gime Beti.

—¿Qué? —si gira hacia ella.

—¡Que Emi tiene razooooooooón! —repite esta vez liberando su cara del eterno.

—Va a ver el mar. — Emi indica a su hermana que se aparte del cuerpo y se agacha de frente a ella. —Ayudarme a cargarla en el coche.

Beti, que demuestra su acuerdo absoluto, se desplaza hasta los pies de mamá y agarra los tobillos. Emi se coloca detrás de la cabeza y desliza sus manos por las axilas.

—Pero, ¡estáis locos!

—¿Qué decía siempre mamá? —le interrumpe un suspiro del esfuerzo al intentar levantarla— Que lo decidiéramos todo por votación, ¿no? Pues hemos votado y mamá verá el mar. ¡Ayuda, coño!

Aunque protestando, el hermano menor asume la decisión familiar y ayuda a cargar el cuerpo. Una vez tumbado largo en la parte de atrás, tiran de sus brazos y ropaje y lo sientan. Las piernas estiradas quedan encajadas en la parte inferior del asiento del copiloto.

—Dóblale las rodillas o se hará daño en los tobillos, ¡se está clavando el gancho ese! —avisa Beti.

José Manuel sigue las indicaciones e intenta doblar las rodillas de su madre, pero eso más que rodillas parecen arbotantes de una catedral gótica, empuja las espinillas con todas sus fuerzas.

—Imposible. —Desiste.— Lo siento, mamá. —Y nada más disculparse se pregunta a sí mismo qué leches hace, en todo, cargando un muerto que es su madre, intentando que no se haga daño con los hierros del coche, pidiéndola perdón... vuelve a hacer ese gesto de asco.

—Ah... Eso es el rigor mortis —Aclara Emi, apuntando con su índice y los pelos sueltos jugueteando por su rostro.

—Ponle el cinturón.— Indica Beti.

José Manuel echa medio cuerpo sobre su madre y se pelea con la cuerda y el enganche hasta que lo consigue. Ya afuera por completo, apoya los codos en el techo del vehículo y da dos golpes.

—¡Hala! La señorita de los cuidados que se siente a su lado y el iluminati que conduzca, que yo voy a ver si no me tiro en marcha en cuanto pillemos la autovía.

Ocupan los puestos sugeridos como autómatas sin conciencia. Emi dedica unos diez minutos en revisar el ajuste del asiento, la altura, las inclinaciones de cada espejo retrovisor... Al evaluar el central, se encuentra con la cara de mamá.

—¿Le has puesto tus gafas de sol?

—¿Pero tú has visto que ojos tiene? —contesta Beti— si pasamos cerca de alguien se cosca seguro, hombre, ¡tú déjame! —mueve la mano apartando la atención de su hermano como si se tratase de una mosca.

Emi se concentra de nuevo en el vehículo y sintoniza una emisora de radio, José Manuel se pellizca el entrecejo con la cabeza inclinada hacia la alfombrilla.

Regresan a la vía.

Beti ya no presta atención al móvil, agarra con sus dos manos la mano fría y rígida de mamá. José Manuel siente la presencia de su progenitora detrás, sus piernas empujando con la inercia el asiento. En vano, intenta distraerse mirando el paisaje. Emi rebusca con la mano derecha en la caja de detrás de la palanca de marchas que contiene tres estuches de CD.

—Nos vamos a estrellar otra vez...—advierte José Manuel mientras recoge el estuche que le ofrece su hermano.

—Sácame el CD, porfa.

Cumple el deseo sin ánimo, no sin antes leer de quién se trata. Es un mix casero. Solo Emi es capaz de seguir disponiendo de lector de CD en el coche y elaborarse sus propios mixes, lo que quiere decir que es de los pocos que compra packs de CD vírgenes. Todo un fósil.

Introduce el disco brillante y selecciona la entrada.

Un breve tono precede a la voz femenina:

«Cada atardecer, al ponerse el sol...»

José Manuel se gira hacia su hermano, asaltado por un recuerdo profundo de la infancia.

«Sale a pasear por la calle Mayor...»

Se esfuerza por recordar el nombre del grupo, Bravo, ¡Joder! ¡Cómo es posible que su hermano siga escuchando el tema favorito de mamá! y rápido se da cuenta de que formaba parte de la sorpresa. Se miran, ahora por fin siente tristeza por la pérdida repentina de mamá.

¡**ALTO!**: AQUÍ DEBERÍAS ESCUCHAR ESTE TEMAZO DE MI INFANCIA:
«**LADY, LADY**» DEL GRUPO BRAVO, QUE EN 1984 REPRESENTÓ A ESPAÑA EN
EUROVISIÓN Y QUEDARON LOS TERCEROS. ¡TODO UN HIT!
SI NO LO HACES, NO VAS A VIVIR DE VERDAD ESTA HISTORIA.

«Su pámela gris...»

—Su pámela gris... —se unen los dos a los coros.

«su traje de almidón...

Perfumes de jazmín,

—Perfumes de jazmín... —observan a Beti que de momento solo mueve los labios, obligándose a recordar.

«botines de charol...

Y los tres se unen a gritos:

« Lady, lady, lady se pinta los ojos de azul

Aunque hace mil años que dejó atrás su juventud

(su juventud...)

Cuando un día de verano...»

José Manuel se vuelve hacia su hermana con el índice en alto y los ojos bien abiertos y ninguno falla en la versión:

«¡Le cayó mierda en la mano!»

Los tres rompen a reír, aquí era cuando mamá siempre protestaba porque le fastidiaban su canción. Ahora la miran y está hierática, con las gafas de sol estilo ojos de gato y los labios en forma de “U”, meneada por la pasión que siempre le puso Beti al cantar. Continúan a tope hasta que el pegadizo «Lady, Lady» se desvanece y antes de que comience otro tema, en el pseudo silencio del vehículo se escucha un atronador eructo.

—No me vais a creer —dice Beti con tono asustado— pero ha sido mamá. Os lo juro.

Al principio se quedan en silencio, ninguno sabe qué decir. Un aroma fétido que también ha salido de la boca de mamá usurpa el ambiente.

—Deberíamos parar, se está haciendo de noche y estoy agotado —comenta Emi, esquivando el incidente gutural— ¿a no ser que alguien quiera relevarme?

José Manuel niega con la cabeza.

—No, es mejor parar —opina Beti— A ver qué hay por aquí... —Comienza a rastrear con el móvil.

—¿Qué haces? —protesta José Manuel— ¿se te ha olvidado que llevamos un cadáver? ¿Le vas a pedir habitación?

Beti y Emi se encogen de hombros.

—Podemos dejarla dentro del coche, en un sitio apartado o tapada y por la mañana nos marchamos prontito.

—A mí no me parece mal. —Apoya Beti la idea de Emi.

—No, no, ni hablar. —José Manuel saca su móvil— Paramos en el primer área de servicio y dormimos aquí todos juntitos. Paso de correr riesgos.

Se desvían a unos doce kilómetros y aparcen debajo del techado de metal, buscando el lugar más alejado del autoservicio. Beti sale a comprar unos sándwiches, botellas de agua y latas de refrescos para la improvisada cena que hacen sentados en el suelo de la plaza colindante. Tan solo les acompaña una caravana al otro extremo del aparcamiento. Corre un airecito agradable, mantienen las cuatro puertas abiertas para que se refresque el habitáculo.

Sobre la una y media de la madrugada se escucha el motor de la caravana y contemplan cómo se aleja por la carretera.

José Manuel se estira y bosteza.

—Chicos, yo creo que deberíamos irnos al sobre. Estoy matao...

Se miran y ríen.

Irónico.

Recogen los desperdicios y los tiran a la papelera. Se reparten las mantas de viaje de los niños de Emi que este saca del maletero y se acomodan en las mismas posiciones en las que habían llegado.

—Dejamos todas las ventanillas un par de dedos bajadas, ¿os parece?

Obedecen.

No tardan en quedarse dormidos.

Segundo acto

Los golpes contra el cristal le despiertan, al principio no entiende dónde está. A través de la luna del coche, le deslumbran los focos del vehículo que tiene situado justo delante. Mira entonces hacia la procedencia de los golpes y distingue los nudillos de esa mano grande chocando de forma insistente.

—¡Baje la ventanilla!

La voz encapsulada insiste. Aún a medias entre el último sueño y la realidad, Emi aprieta el interruptor y el vidrio baja.

—Buenas noches, caballero. No pueden pernoctar aquí.

Intenta averiguar quién es y a qué se refiere. Recorre su reducido entorno con los ojos y lo primero que encuentra es la cara de José Manuel despertando a su derecha, también con expresión incómoda.

—Lo siento, agente. No lo sabía.

El guardia civil da un pequeño paso hacia atrás y se inclina para ver mejor el interior del vehículo.

—Documentación. Si tiene el D.N.I. me lo pasa también, por favor. —Mete la cabeza obligando a Emi a echarse hacia atrás— Ustedes también.

Beti que aún seguía dormida, da un respingo y abre los ojos.

—Betí, —susurra José Manuel— Pídele la documentación a mamá también... Es que está completamente sorda. —miente dirigiéndose al agente.

—La guardo yo siempre en mi cartera. —Informa Beti con una incómoda sonrisa.

La mano del agente recoge los documentos y el paisaje de su cabeza desaparece para ser sustituida por el del bajo vientre. Los estudia uno a uno.

—¿A dónde se dirigen?

—A la playa, a Asturias. —Contesta Emi— Llevamos a mamá a ver el mar, cumple 80 años y bueno, nos pareció un buen regalo, como ella dice «¡quién sabe si será mi última vez!».

—¿Y no hubiera sido mejor que la señora descansara en una habitación con cama?

Los tres hermanos asienten atolondrados.

—¡No disponemos de una economía muy holgada! —apunta Beti.

—Señorita, por favor, solo habla a quien yo le pregunte.

Beti agacha la cabeza y aprieta los labios.

El agente los disecciona por un buen rato.

—¿A qué huele? —pregunta con gesto de desagrado.

Emi asiente varias veces dándose tiempo a pensar alguna excusa que justifique el hedor.

—Es mamá... hace un mes le practicaron una colostomía... lleva una bolsa para hacer sus necesidades... ha debido romperse...

—No me diga más... —el tono cambia— Me hicieron una de esas hace dos años, por suerte, el calvario de la puta bolsita solo duró unos ocho meses, ¡pero perdí la cuenta de las veces que me desperté envuelto en mi propia mierda! ¡Tanta ciencia para luego no saber fabricar una puta bolsita de plástico que resista! Esperen aquí un momento, por favor.

Les devuelve los documentos y camina lento y culi-grueso hasta su coche. Le comenta algo al compañero que permanece firme delante de la puerta del copiloto y alarga el brazo para descolgar el micrófono de la radio sobre el que deja caer indicaciones, ambos escuchan lo que

este le contesta.

El agente regresa.

—La señora necesita descansar como Dios manda. Les vamos a escoltar hasta el hostel de Las Lagunas, que está aquí cerquita, en nuestro pueblo y es de la sobrina de Murillo, el Municipal, no va a cobrarles nada. Tardarán unos diez minutos, no se muevan de aquí ni salgan del vehículo.

Los tres hermanos permanecen callados, ninguno alcanza a opinar acerca de lo que está sucediendo. Pasan los diez minutos anunciados y no llega nadie. En el aparcamiento solo están ellos y los guardias civiles, que empiezan a inquietarse. Por fin aparece un vehículo de la policía municipal, un modelo muy antiguo, con la pintura a trozos. Aparca al lado de los guardias. Antes de que se pare el motor, la puerta del copiloto se abre y aparece una pierna estirada, le sigue una rodilla sin control y un cuerpo uniformado que cae al suelo.

—¡Madre mía, si va como Las Grecas! ¡Te dije que no le dejaras beber! —le grita el guardia civil al compañero que sale agitado a recogerlo.

—Si no le dejo beber dice que no hace su turno y la familia necesita su sueldo, que es lo único que entra en casa! —Se excusa mientras lo levanta— Pero, tú tranquilo, Ordóñez, que no le dejo conducir.

El recién delatado Ordóñez, se lleva los dedos al entrecejo, cierra los ojos y pellizca con saña mientras suspira. Luego le hace una señal para que le siga hasta los viajeros.

—Caballeros y señoras, les presento al agente Murillo...

—Rafael, ya sabe que prefiero que me llamen Rafael... —interrumpe.

—¿Agente Rafael? —consulta.

—Agente Rafael. —Confirma.

Vuelve a suspirar.

—El agente municipal Rafael les conducirá hasta el hostel de Villadieguez, nuestro pueblo y una vez allí se ocupará de que no les falte de nada, hasta que mañana cuando ustedes mejor acuerden, retomen el viaje.

—Se lo agradecemos en el alma, agente...

—Cabo. —Apostilla.

—Cabo... pero en este rato mamá ha comentado que se encuentra bien y que preferiría seguir el viaje para llegar cuanto antes a Asturias.

Ordóñez se agacha e introduce la cabeza por la ventanilla en dirección a mamá. Eleva el tono de voz.

—¡No me parece buena idea, señora! ¡Ya le he contado a sus hijos que yo llevé la mierda esa muchos meses y tal y como huele aquí dentro, ¡necesita ponerse una nueva y coger la horizontal! ¡¿Me ha oído?!

Aguardan.

—Estoy bien, de verdad... —se escucha.

La tensión se transforma en retortijón físico de tripas: solo a su hermana se le ocurriría jugar a los ventrílocuos. Pero le sale bien, el cabo Ordóñez no sospecha de la estafa, la parte de atrás está oscura, podrían compartir el viaje con una familia de mapaches que desde fuera no se percibiría nada.

—No, señora. Insisto. Tómelo como una orden. —Da dos golpecitos en el techo metálico y hace una señal a sus hombres para que se suban a los coches.

Emi arranca el motor y espera a que el municipal sobrio ayude al ebrio a sentarse y le

abroche el cinturón, luego se siente él y se incorpore a la carretera. Le sigue. Por el retrovisor comprueba que la Guardia Civil va detrás. Mira a los lados. Se mueve inquieto. José Manuel sabe lo que barrunta, le conoce muy bien.

—No se te ocurra, tío.

Lo mira asustado, pero ya ha tomado la decisión.

Pega un volantazo y sale de la calzada, acelera y continúa entre baches esperando algún camino de tierra. Los tres gritan. Saben lo que va a pasar. El maldito camino de tierra no aparece, pero sí lo hace una valla de piedra que se llevan por delante y un mugido sobrecogedor que envuelve un bulto gigante de pelo y cuernos que logra esquivar. Vuelcan.

Mueren todos.

Mamá resucita de golpe.

—¡Que no te duermas!

Es lo que escucha de boca de su hermano, ahora en vigilia.

—No... joder... Intentaba pensar.

—¿En qué? ¿En salir de esta? —pregunta José Manuel.

Emi menea la cabeza desesperado.

—No podemos hacer nada más que seguirlos.

—¿Y cómo llevamos a mamá del coche al hostel?

—Ni idea, pero tal vez Mari Conchi y sus Muñecos nos pueda compartir alguna ocurrencia...

—se gira hacia Beti.

—¡Eh! No me jodáis, que ha funcionado.

—¡No sé cómo va a terminar todo esto, chavales! —se lamenta Emi entrando ya al desconocido Villadieguez.

Villadieguez luce un cartel de carretera que da la bienvenida a sus visitantes, pero que lo hace con pocos, la verdad, muy pocos visitan Villadieguez.

—¿Conocíais este pueblo? —pregunta Emi.

—¿Estás de coña? —responde Beti.

La oscuridad de la comarcal continúa en la calle principal del pueblo. Siguen a los municipales cuando giran a la derecha, por una callecita estrecha que se presiente sin salida y en cuyo fondo, a unos quinientos metros de distancia se distingue una diminuta luz: gente.

Emi nota que los guardia civiles no les han seguido al meterse en la calle.

La gente, ya de cerca, es una mujer más o menos de la quinta de los hermanos que sostiene una linterna, a su lado, un hombre grande pasa su brazo por detrás de sus hombros y se encarama al derecho con sus prominentes dedos. Al otro lado de la mujer, un anciano en pijama descansa en una silla de ruedas.

—¡Joooooder... el comité de bienvenida! —comenta José Manuel.

Emi aparca el coche donde le indica el municipal ebrio a base de estrambóticos gestos.

—Me temo que hay que bajar. —Emi apaga el motor.

José Manuel le sigue, pero Beti se queda acompañando a mamá.

El municipal ebrio se coloca al lado del anciano y señalando a la mujer farfulla algo incomprensible, luego lo repite con el hombre gigante y por último con el anciano. Luego hipa con violencia y se dobla hacia adelante.

—¿Qué coño ha dicho? —protesta el anciano.

Desde el vehículo camina mientras aclara el discurso, el agente Rafael.

—Pues ha venido a decir que tú eres mi sobrina, la dueña del hostel, que este tío enorme es tu

marido y que el viejo tullido es el capullo de mi hermano, o sea el padre de la señora...

—¡Tus muertos! —le grita el anciano, al que ahora se ve menos anciano.

—No tengo habitaciones. —Anuncia seca la mujer.

—No te lo crees ni tú. —Le replica— Mételos donde sea que se van mañana a primera hora.

Corre a cuenta del Cabo. Y además es una orden.

—¿Una orden? ¿A quién vas a dar tú órdenes, gilipollas? —se encara el anciano.

—¡Mira, Marcial, porque estás en silla de ruedas que si no, te tragabas la porra!

—¿La porra? ¡Esa!, ¡esa es la única porra gorda que has tenido tú en tu puta vida!

—¡Marcial! ¡Me cago en to lo que se meneal! ¡Obedéceme cuando llevo el uniforme!

—Padre, por favor. —suplica la hija ya más dispuesta a colaborar.

El agente Rafael se dirige a los hermanos.

—¡Venga! Cojan lo imprescindible que las noches son más cortas de lo que prometen.

Al ver al anciano en la silla y lo atropellado de la relación entre los hermanos, Emi se siente alentado. Se acerca al agente y le habla casi al oído. El agente hace una señal con los dedos índice y medio al hombre grande que también se acerca y escucha asintiendo. Sin mediar palabra, se abalanza sobre su suegro y lo toma en brazos ante la sorpresa y protestas de este.

El municipal ebrio se acerca a traspiés hasta el utilitario y lo empuja describiendo estelas circulares y algún que otro derrape hasta hacerlo chocar con la puerta trasera donde se encuentra mamá.

El aluvión de impropiedades procedentes del anciano es tan incesante que el hombre grande le tapa la boca.

—¿Necesitan ayuda para sentar a la señora? —se ofrece el agente Rafael.

—No, gracias. Ella prefiere que esto lo hagan sus hijos, es bastante pudorosa con el tema...

—Lo entiendo —susurra— ¡Bien! Pues dichas y entendidas las cosas, nosotros nos vamos y les dejamos en las mejores manos de Villadieguez. ¡Agur! —Se despide con la mano en la visera.

Camina hacia el coche sujetando del brazo al compañero. Le abre la puerta, lo sienta y le abrocha el cinturón. Al compañero se le cae la cabeza sobre el pecho, se le cierran los ojos y se le entreabre la boca dejando hilar una babilla densa. Se marchan.

La mujer de la linterna apunta ahora a los hermanos.

—Voy a por las llaves. Creo que les pondré en la primera planta, así no tendrán que cargar con la silla. Voy adentro. Si no estoy en el mostrador cuando entren, toquen la campanilla.

—¿A estas horas? —Se extraña José Manuel.

—La otra opción es pegarme un grito. —Sugiere antipática.

Asienten y se disponen a separar un poco la silla de la puerta.

—También estaba la opción de no moverse del mostrador, ¿no? —susurra José Manuel pensando que no le oyen.

—¿Cómo dice? —se escucha a la mujer que pisa ya la entrada al hostel.

Se miran cómplices reconociéndose pillados.

—¡Que se escucha todo en estos lugares, digo! —ironiza.

—No lo sabe bien, señor. No lo sabe... —desaparece tras la puerta.

Cuando se asegura de que no queda nadie fuera, Beti sale del coche y se reúne alrededor de la silla con sus hermanos.

—Recordar que nos pueden estar viendo. —Advierte Emi.

—¿Quién? —pregunta Beti.

—¡Quien quiera, Beti! ¡Quien quiera! ¡Les dieron todas las ventanas a la familia de pirados

estos! —grita al señalar una a una las diez ventanas del edificio.

—Tranquilo, José, por eso mismo, actuemos como si mamá fuera mamá de verdad.

—Es que es de verdad. —Señala Beti.

José Manuel vuelve a encenderse.

—¡Y tanto! ¡Y tanto de verdad! ¡Esta puta ida de olla es de verdad! —Se agarra la cabeza con las dos manos y lleva la mirada al cielo.

—José, José, por favor... —Emi le sujeta por los codos— ¡Cálmate!

José Manuel intenta hacer la respiración de la calma que aprendió en las clases de Mindfulness del centro cultural de su barrio. Inhala, cierra los ojos, exhala; inhala, al exhalar abre los ojos y se encuentra la cara de tarao de Emi exhalando en conjunto.

—¡Venga, tío! ¡Por Dios! —Se aparta.

—Los gais vivís atacados, es lo que os pasa, todo ese buen rollo de Chueca es fachada. —Observa Beti.

—¡No, claro! ¡Vives mejor tú, friéndote el coño con el satisfyer!

Emi abre la puerta del coche, en medio de ambos, y el cadáver de mamá cae al suelo.

Se apresuran a recogerlo.

—¿Pero cómo no llevaba cinturón?

—Se lo he desabrochado antes de bajarme... para facilitar la tarea desde afuera...

Mueven las cabezas en todas las direcciones para asegurarse que no les han visto.

José Manuel carga el cuerpo y lo sienta en la silla. Beti le coloca las gafas que habían rodado hasta el guardabarros trasero. Equilibran la figura, pero la cabeza se le va hacia un lado, luego hacia el otro. Las gafas se le tuercen. Desisten y la dejan como quiere estar. La contemplan echándose un paso atrás.

—Vamos para adentro y que sea lo que tenga que ser. —Lamenta Emi resignado.

La sobrina del municipal les espera detrás del mostrador, con su semblante serio. Ahora se fijan en que va en bata.

—Sentimos muchísimo el trastorno, de verdad —se disculpa Emi.

—No importa, no tengo otra opción. Necesito sus D.N.I.

—Claro. —Se gira tendiendo la mano hacia sus hermanos— Aquí tiene.

La mujer observa los documentos y estudia los rostros.

—¿La señora está dormida?

Se sobresaltan.

—¡Sí! ¡Duerme, duerme! Si algo bueno le ha regalado la edad es un sueño bastante profundo —comenta Emi— ¡no la despertaría ni un temblor de tierras!

—¡Qué suerte! Solo me quedan dos habitaciones, ¿les sirve?

—Por supuesto. —Confirma Emi.

—Las que están al final del pasillo, una enfrente de la otra. La silla no cabe. Lo sabemos por mi padre que se pasa casi todo el tiempo en brazos de mi marido cuando anda por aquí.

—Bueno, nos apañaremos. Gracias

Emi reparte de vuelta los documentos y avanzan hacia el final del pasillo. Ya en la puerta, se giran y se despiden de la mujer que aún aguardaba. Asiente y se retira por la puerta que da a las dependencias privadas.

José Manuel levanta a mamá mientras Beti abre la puerta.

—¡Joder con mamá! ¡Estaba de buen año!

Vuelve a caérsele la cabeza hacia uno de los lados y el marco la golpea al entrar. Su portador se detiene.

—Joder... lo siento mamá —al mirarla le parece que sonrío— ¡Es de coña, ¿eh?! —le comenta unos segundos antes de mover la cabeza de un lado al otro— Te la dejo en la cama.

—¡Espera! Si mamá va a la cama, yo tendré que dormir en el suelo ¿No pretenderás que duerma con un muerto?

—¿Pero si llevas con ella todo el día!

—¡Pero en la cama no es lo mismo!

—¡A tomar por culo! Yo te dejo aquí a mamá. Tú te acuestas donde te salga del papo. —Llega hasta la puerta— ¡Hasta mañana, tropa!

Se quedan a solas.

—Me voy dar una ducha y a ponerme el pijama. No tardo. —informa a su madre dándole una palmadita en el muslo.

Transcurridos unos veinte minutos, sale del baño rodeada por un halo de vapor y aroma a Moussel Classique, el gel que siempre usaron en casa y que por supuesto, se llevaban a todas partes. Lleva el frasco de colonia de la misma fragancia en la mano, y luce un pijama de camiseta y pantalón corto. Va directa a la muerta y la perfuma, unas cuatro pulsaciones.

—¿Qué tal? ¿Te pongo el camisón? La verdad que no sé qué hacer... —Le quita las gafas para comunicarse mejor, mamá siempre fue de miraditas. Vuelve a ponérselas inmediatamente. — Joder, mamá. ¡Qué horror! ¡Si te vieras!

Se queda absorta por un instante.

—¡Yo te lo pongo! Así se me hace la noche más corta.

Saca de la maleta que compartían un camisón de raso blanco, con encaje en la parte de abajo y en las tirantas.

—Uy... Mamá... ¡Qué atrevido! (Se ríe)

Lo extiende sobre la colcha.

La descalza. Mamá llevaba un vestido veraniego de algodón, algo ajustado, que le llaga por la mitad de las pantorrillas. Comienza a subírselo, primero de una pierna, luego de la otra. Al llegar al trasero, la prenda se queda atrapada en pliegues por entre los muslos, los laterales... Tira de uno, se engancha en el otro... Agotador. Se detiene a pensar. Llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—Emi.

Abre. Emi cierra rápido y ve la guisa de mamá a medio desnudar.

—¿Qué hacías?

—Ponerle el camisón...

Se miran interrogantes.

—Te ayudo.

Emi estudia la situación con los brazos en jarra.

— Yo la levanto y tú tiras del vestido hacia la cintura.— Detalla mientras se sube a la cama y se sitúa encorvado a la espalda de mamá, metiendo las manos por las axilas. —A la de tres.

Beti se prepara.

—Una, dos y tr...

El pomo de la puerta sube y baja, dan dos toquecitos y se abre. Beti y Emi gritan, José Manuel les chista.

—Pero ¿Qué coñ...?

—¡Cierra! ¡Cierra!

Cierra despacio y se queda pasmado mirando el cuadro que forman sus hermanos con el cadáver de su madre.

—Le ponemos el camisón. —Informa Beti notándose en su voz el esfuerzo al tirar del vestido.

—Pero si no lo necesita, joder, ¡que está muerta!

—Siempre tan duro, José... —reprocha Emi— Anda, ayúdanos.

Meneando resignado la cabeza y resistiéndose al principio, termina enfrascado en la actividad familiar que les lleva unos quince minutos. Cuando concluyen, se tumban los tres en la cama doble para recuperarse del esfuerzo.

Se quedan fritos.

—Venga, pero aclara eso de los cuernos de Sebas. —Saca Emi el tema de la nada, como si desayunar y pensar en que estás hecho un hijo de puta fueran supuestos tan llevaderos como una cucharilla y las vueltas del café.

—Tío, no voy a hablar de eso ahora.

—¿Por?

—Porque no es el momento.

—¿Por qué no es el momento? Mamá ya no está y Beti como si tampoco, su verdadera personalidad solo es visible en las redes... ¿Eh? —le vacila, lo acompaña de un puntapié por debajo de la mesa.

—Te estoy oyendo, gilipollas. —Posa el móvil bocabajo sobre el mantel— Yo también quiero que hables de los cuernos de Sebas. —Mira con cachondeo a su hermano menor.

—No habléis de ello así, joder...

—Así, ¿cómo?

—¡Pues así! ¡Llamándolo cuernos?

—¿Y cómo lo llamamos?

—Es que en realidad no son cuernos...

—¿No lo son? —pregunta Emi encogiendo los hombros.

—Técnicamente, no.

Emi busca con la mirada la complicidad de su hermana.

—Explícanos eso. —Exige Emi.

José Manuel juega con las lonchas de embutido de su plato.

—Pues eso, que solo me beso con tíos que me ponen, pero que no llego a más.

—No hay folleteo.

—No.

—Nada, ni siquiera la puntita...

—Ni siquiera. Me voy de bares, les entro o me entran, buscamos un lugar tranquilo y nos besamos, ¡pero cuando llega lo otro detengo el juego.

—Ya, bueno, si no hay de lo otro a lo mejor tienes razón y técnicamente no son cuernos.

—Técnicamente... —insiste José Manuel apretando los labios y asintiendo animado al ver que su hermano le da la razón.

Beti habla con los ojos en la pantalla del móvil, que vuelve a estar en sus manos.

—Sois la hostia...

La miran sin entender.

—Resulta que para vosotros si no la metéis no hay infidelidad.

—Es que no la hay. —Asiente de nuevo José Manuel, acompañado de Emi.

—O sea, que para vosotros ser infiel es únicamente follar con otro.

—Únicamente. —Se reafirma José Manuel.

—¿Y tú también los piensas así. —Se dirige a Emi que sigue asintiendo las palabras de su hermano— Entonces, si descubrieras que Conchi después de llevar a tus hijas al cole, se mete en el coche con el papá de uno de sus compañeros a besarse como locos, para ti no sería infidelidad.

Duda unos segundos.

—No sería. Besarse no es ná, fíjate, me jodería más que me pusiera verde.

—¡Ah! Ya veo... cambio la situación: si cada día, después de besarse, porque besarse no es ná, como dices, le confiesa que contigo se siente frustrada

—¿Conchi está frustrada? —la interrumpe.

—No.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No.

—¡Porque eso sí que me jodería!

—¿Qué te jodería: que estuviera frustrada o que se lo contara al supuesto papá después de darse la paliza en el coche?

—¡Que te lo contase a ti! ¡Que eres peor que la policía de Venezuela! ¡Siempre hurgando donde más duele...!

—Pero que es un suponer...

—Un suponer, ¡mis huevos!

José Manuel le echa un brazo por los hombros para calmarle.

—Ey... Tranquilo, hermano... estamos hablando, nadie...

Una chica ataviada con un uniforme de limpieza pasa por delante de la mesa abrazando un puñado de sábanas usadas.

Beti empuja la silla hacia atrás y se levanta, ignorando el estallido de Emi.

—¡Mamá!

Abandona el saloncito de desayunos a todo correr y sube el tramo de escaleras hasta la planta de la calle. Las cuatro últimas puertas del pasillo, incluidas la habitación de sus hermanos y la suya, en la que descansa el cuerpo de mamá, están abiertas, con sábanas y colchas en suelo, aspiradora y cubos de fregona.

Llega sin aire para descubrir la figura de una mujer uniformada como la que ha visto en el salón, poniendo derecho el cuerpo de su madre.

—¡Buenos días! —casi le grita.

La mujer, de unos sesenta años, pelo castaño y corto y maquillada como si saliera de noche, sonrío y devuelve el saludo.

—Buenos días... La señora tiene el sueño un poco profundo... —comenta cómplice.

—Eh... Sí... Por eso he venido corriendo, porque se me olvidó avisar ayer en Recepción y decir que no vinieran a hacer la cama, que mi madre necesitaba descansar. Total, nos vamos ya mismo, pueden hacerla luego, cuando nos hayamos ido.

La mujer abre los brazos en forma de cruz y los deja caer sobre las caderas con un aterrizaje sonoro.

—¡Pues, ¡ea!, ¡ya está hecha!

—Ya lo veo, ya... —mantiene la mirada nerviosa y los lagrimales a punto de reventar.

La limpiadora camina tranquila hacia ella, se planta cerca y saca un pañuelo de papel del bolsillo con el que se enjuaga la frente y luego, las comisuras de los labios. Le habla al oído.

—Deberíais atarle un pañuelo desde la mandíbula a la coronilla y hacéis un lazo bien fuerte

arriba, ¡así! —Gesticula el nudo con energía, provocando que Beti dé un pequeño respingo— o esa boca va a estar abierta todo el velatorio—va elevando el volumen—, no creo que a la pobre mujer le fuera a gustar despedirse de este mundo con esa cara de idiota. A mi tía-abuela le pasó, porque a muchos muertos se les abre la boca, yo creo que a todos, ¡no lo sé!, el caso, que le pusimos el lacito y aguantó hasta el entierro, hija, que hay que irse un poco digna, digo yo...

—Pero...

—¡No me digas ná! ¡Shhhhhh! —le planta a Beti el dedo índice en sus labios— A mi me pagan por limpiar y eso hago, ¡psicóloga de esas no soy! —La libera del dedo y con la misma mano la aparta hacia un lado y abandona la habitación canturreando, antes de desaparecer, recoge el montón de sábanas del suelo.

Tercer acto

En la última conversación con Conchi, Emi, le ha dicho que habían parado a dormir en un hostel porque a mamá le dolían las piernas, ella opina que mejor, que así puede volver a conducir él y no tiene que dejarle el coche a los inútiles de sus hermanos.

José Manuel acompaña a mamá que lleva un pañuelo de Beti sujetándole la mandíbula a la coronilla, tal y como le ha aconsejado la señora de la limpieza. No es que esté menos ridícula, la verdad, pero así, al menos los continuos eructos no salen tan libremente. La ha cargado el marido de la sobrina del municipal, el yernísimo, como le ha apodado José Manuel «Más que acostumbrado a estas cosas» como ha reconocido el pobre, mientras que el suegrísimo del yernísimo ha insistido en que se llevaran la silla de ruedas, «que a él no le hace falta». Huelga describir cómo era la cara del yernísimo ante esta declaración.

Suena el móvil de Beti.

—Jefe.

Beti escucha.

—Siiií... —sigue escuchando— claro, pero es que ella... —escucha— Bueno, yo solo he firmado un email, eso no tiene implicación ninguna...—escucha— Ya... y por lo visto la tiene... Sí... Ok...Ok. Te veo el lunes.

Cuelga.

—¿Qué tal? ¿Es del curro? ¿Lo de la reseña de la tía esa? —se interesa Emi.

Beti permanece seria, mirando al frente. Aún tiene el móvil entre las manos. Asiente.

—Me han despedido —informa sin más, en un primer momento— ¡Me han despedido! —Llora inmediatamente después, golpeando con el teléfono el salpicadero del coche.

—¿Qué haces, loca? —le grita Emi intentando mantener el control del volante.

—¡La perra esa resulta que era abogada y nos ha demandado, bueno, ¡a mí! Porque mi jefe dice que la empresa no carga con esto y que el lunes firme la hoja de responsabilidad y mi finiquito ¡Dios!

—Si es que estás pallá ¿A quién se le ocurre? —Comenta José Manuel mientras mastica unos nachos de bolsa con la cabeza apoyada en el hombro de mamá.

La mano de Beti se cuela desde el asiento del copiloto buscando como una garra enajenada cualquier vestigio de su hermano. José Manuel se libra de ella a patadas.

—Bueno, vamos a calmarnos, ¡vamos a calmarnos, por favor! —ruega Emi— Aún tienes el lunes para hablarlo y si no, ya saldrá otra cosa.

—Necesito parar. tengo que echar un piti.

—Vale, lo entiendo —Consuela Emi paternalista posando una mano sobre el muslo de su hermana. —En la siguiente área paro.

Ellos ni siquiera bajan del coche.

Se fuma cuatro.

Entra en el autoservicio y sale con un pack de cervezas.

—Maaaaaaaadre... —se lamenta José Manuel al verla ya próxima a enganchar la puerta.

—Shhhhhhhh... Tío, sé comprensivo.

—Sí, sí, sí... pero aquí la yoguista lleva sin probar el alcohol cuatro años...

—Bah, tío, que son unas birras, no se va a pillar el moco de su vida.

La recibe con la sonrisa del gato de Cheshire.

—¿Estás mejor?

Beti abre la puerta y se sienta, se ata el cinturón y coloca las latas de cerveza sobre su regazo. Desarma una. La abre. Pega un buen trago y se limpia la comisura con el antebrazo.

Emi arranca.

A unos treinta kilómetros de la costa, Beti informa de que se mea y da un sorbo final a la última lata. Ha ido acumulando las seis, ahora vacías, en el hueco de sus muslos.

— ¡Que me meo, coño!

—Ya te he oído, pero tendremos que encontrar una gasolinera, ¿no voy a parar en medio de la autovía?

—Pues me lo hago aquí... —amenaza resbalando sus sílabas.

—¡No! ¡No, no, no...! Aguanta un pelín...—Se sale de la autovía por un acceso marcado en un cartel con unas iniciales— No tengo ni idea de que es esto, pero avanzo un poco y paramos...

Es un camino de tierra.

—¿Paras o me meo?

Clava el freno. Los cuatro cuerpos son vencidos por la inercia. José Manuel pasa su brazo por delante de mamá y una vez detenidos, la coloca la cabeza hacia atrás, postura que le dura unos segundos para caer hacia el lado opuesto de donde él se encuentra. Así la deja. Está enfocado en observar cómo su hermana corre encucillada con el trasero al aire hacia el secarral.

Suspira de placer al descargar. De regreso se detiene y vomita, doblada su entera anatomía casi hasta tocar la tierra.

—Qué patética...

—José, tío... está mal...

—Sí, sí... Verás como te pote aquí dentro...

Emi sale del coche.

—No te subas hasta que no lo hayas echado todo, que Conchi me mata.

No contesta, los carrillos colmados de lo que sea que quiere salir de su cuerpo son la respuesta. Vuelve a doblarse.

—¡Vale! No hay prisa. Mira, voy a caminar, así estiro las piernas. Cuando vuelva nos vamos.

José Manuel lo ve alejarse hasta que lo pierde en un cambio de rasante. Apenas cinco minutos después recupera la visión de su figura, esta vez de frente y corriendo asustado hacia ellos, con las palmas de las manos planas y tensas oscilando a los lados, como hacía de pequeño para mejorar la aerodinámica del cuerpo, la mandíbula inferior adelantada, las zancadas espaciadas y veloces.

—¡Correeeeeeeed!

Beti lleva un tiempo peleándose con el cinturón y estas prisas recientes la descolocan. Vuelve a inflar los carrillos. José Manuel abre casi a golpes la puerta trasera y se lanza al exterior. Escucha el primer disparo.

—¡Aaaaaaah!

Ha sido al aire, pero el pánico le impide a Emi evaluar la situación, no obstante no para de correr.

— US Army Special Corps ¡stop with your hands up! —se escucha desde la pickup rotulada. Un nuevo disparo y Emi se tira al suelo.

José Manuel está en shock. La pickup se detiene y de ella bajan tres tipos con rifles y uniformes del ejército estadounidense.

— For your own safety hands up against the car. ¡Now! —grita uno de ellos.

Da dos golpes en el techo metálico indicando a Beti que salga. Lo hace arrastrada, vacilando

con cada movimiento. Le ayuda a adquirir la posición solicitada y a continuación la adquiere él pero en la puerta de atrás.

Uno de los americanos se acerca hasta Emi y lo levanta tirando de un brazo. Lo lleva hasta el coche a base de pequeños empujones de culata. Emi apoya las manos en el capó y deja que le separen las piernas, de refilón mira a mamá, medio recostada en el asiento de atrás.

—There is one left! —advierde ladeándose el de las voces que se había quedado junto a la pick up.

El que se ocupaba de Emi apunta su arma hacia el cuerpo que no ha salido aún del coche.

—Please, please... She is our mother, she is deaf and completely asleep right now... —aclara con voz suplicante Emi.

El militar abre la puerta.

—Madam? —Baja el arma y toca su hombro con el índice.

Saca la cabeza del interior del vehículo y su vista se topa con el rostro de Beti, envuelto en la melena vomitada.

—And she is my sister... she is completely drunk...

Mete la mano por la ventanilla del conductor y saca las llaves aún puestas en el contacto. Camina relajado de vuelta y mantiene una breve conversación con el compañero. Regresa a por Emi, lo empuja de nuevo hasta el vehículo y se lo llevan.

Cuando superan el rasante, José Manuel busca su móvil y marca el 112, pero en lugar de la operadora habitual, le contesta una grabación en inglés. Prueba a llamar a Sebas y ocurre igual. Pero no solo eso, no se puede abrir ningún chat de whatsapp, todos lucen ahora en el perfil el logo identificable de la N.A.S.A.

—¡Mierda! ¿Pero qué coño es este sitio?

Para no agobiarse más con el último vómito de Beti, se aparta un poco para sentarse en el suelo a esperar o a desesperar.

Los relojes también se han detenido, todos, los de muñeca y los de los móviles. No obstante calcula que no son más de treinta minutos los que transcurren antes de ver regresar a Emi, caminando, con un folio en la mano.

—¡Tío! ¡Tío! ¿Cómo estás?, ¿qué ha pasado?

Emi no emite un sonido, le alarga el papel formal, firmado, con la bandera y todos los símbolos oficiales de los Estados Unidos de América, en el que le prohíben la entrada al país durante un año. Escrito a mano, abajo del todo, cree leer:

«Move your ass, you fucking bastard»

José Manuel distingue claras huellas de llanto en la cara de su hermano. No pregunta más. Los tíos no preguntamos.

Recuperan las posiciones de viaje y emprenden la marcha atrás para regresar a la autovía. Sorprendido comprende que su hermano sigue empeñado en continuar hasta la costa. Poco después de escuchar el ronquido de Beti, él también se queda dormido.

Le despiertan agitándole por un hombro. El olor de mamá muerta le devuelve a la situación. Emi le hace señas desde fuera del coche para que salga.

—Cudillero. —Anuncia Beti.

Los relojes vuelven a ser y marcan las 17:10. Apenas quedan turistas deambulando, alguno que otro se sienta a cubrirse del calor bajo las sombrillas.

—¿Tomamos algo y luego buscamos el hotel?

—Claro, suponiendo que te quede algo por tomar, hija.

Emi sigue sin hablar.

Beti se mueve hasta la puerta de mamá con un frasco de perfume en la mano, la abre y descarga la poción sin piedad. Tose. Los hermanos sacan la silla del maletero. José Manuel se ha convertido en el experto en carga, sienta a mamá en la silla y caminan como una familia normal. Beti le planta un sombrero de ala ancha a mamá para que no se la vea tan fácilmente el atado de la mandíbula.

Se sientan en una de las terrazas de la Plaza de la Marina, la silla de mamá la colocan en el borde exterior de la terraza para no molestar.

—¡Mírala! Está hasta guapa con el sombrero... —exclama Beti sentándose enfrente y ante la mirada resignada de José Manuel, la de Emi sigue en una dimensión perdida.

Piden tres cañas y un bitter.

La primera ronda la toman en silencio. Cuando les ponen la segunda, Emi se queda mirando la bebida y luego a mamá: su cabeza ladeada, escondida bajo el sombrero, la comisura peleando con la presión del pañuelo. El olor a podrido mezclado con «Ángel» de Mugler. Se permite soltar una lágrima larga y elástica.

Beti ha vuelto al móvil. Vigila sus perfiles sociales con ojos de neurótica despechada.

Cuando se quieren dar cuenta, José Manuel ya se ha situado detrás de la silla de mamá y tiene el pie sobre el anclaje del freno. Los mira muy serio y los amenaza con el índice.

—Si os movéis o gritáis os juro que acabo con vosotros.

No hacen nada.

Es probable que lo esperen.

Se escucha un diminuto click y la silla comienza su viaje en descenso por la cuesta principal del pueblo asturiano, tan veloz que nadie la detecta, camuflada por las risas y las conversaciones animadas de los turistas.

Beti y Emi se levantan y se colocan al lado de su hermano. Contemplan los pequeños brinquitos que da la mujer de su vida y entre labios rezan para que se agarre bien y su cuerpo no acabe en la acera tirado.

Desean que llegue al mar.

¡Vamos, mamá!

Buen viaje.

FIN

Acerca de la autora



Madrid, 1976. Licenciada en Periodismo por la Facultad de Ciencias de la Información (Universidad Complutense de Madrid). En constante formación y movimiento. Publicando de manera independiente a través de la plataforma Amazon desde 2016. Novela negra, thriller y terror.

Hasta el momento, ha publicado:

«Trilogía Sarraceno»: «El diablo en su escondrijo»; «Cual hijos de Goebbels»; «Letargo»;

«Ni el día, ni la hora»

«Tras la piel ajena»

«Cuentos de Halloween para adultos»: «Invocación»; «Murder Party»; «La Bruja»; «Lemaur»; «Dic nomen tuum»; «La maldición egipcia»; «7 Pecados».

Todos han sido número uno en ventas en Amazon. Dos de sus novelas, «El diablo en su escondrijo» y «Tras la piel ajena» son *bestseller* internacionales en EE.UU. y México.

¡Y ahora quiere hacerte reír! ¿Lo ha conseguido? Puntúa esta aventura en Amazon, ¡dale estrellitas y cuéntale qué te ha parecido!

También puedes contactarla en redes:

Instagram: [almamara7](#)

Facebook: [alma.dediego](#)

¡Gracias por leer!